

EL MEMORIAL DE AGRAVIOS

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

Leído en el Paraninfo de la Universidad del Cauca el 20 de noviembre de 1959.

La conmemoración del sesquicentenario de la independencia atrajo al momento el recuerdo de los ciudadanos hacia el Memorial de Agravios y la austera personalidad que lo escribió. En lo cual es perceptible la persistencia de nuestro ser colectivo al considerar el pliego magnífico y severo como cimiento y base del torreón republicano. No de otra suerte los castellanos viejos, contemporáneos de Isabel la Católica y de Carlos Quinto, asentaban los muros potentes de las ciudades americanas sobre el papel frágil pero augusto que recogía los mandatos de la legislación.

Parece fuera de duda que dos de las cualidades visibles mayormente en aquel memorable reclamo son la vigorosa dialéctica y la recatada valentía. De esta manera pudo adornar Colombia la sala patricia con un gobelino semejante al mejor de los tejedores flamencos, puesto que para el dibujo se juntaron la recia urdimbre del pensamiento más puro y las hebras de oro con que bosquejó la juventud de los próceres la fisonomía primera de la República.

Nosotros hemos tenido la fortuna gratuita de vivir lo que ella es, lo que ella vale y significa. En lo cual hemos recibido una dádiva cuantiosa y una opulenta merced, puesto que las hidalgas manos fundadoras no alcanzaron a definir su existencia perdurable ni a precisar su costo increíble ni a grabar en el bronce los radios de su trascendental circunferencia. Todo lo recibimos nosotros con largueza, en tanto que para los donantes generosos apenas hubo un pan en la alforja, una moneda pobre en la escarcela, un frágil báculo para la diestra, una estrella solitaria para la noche y una vislumbre indecisa para la línea oscurecida del horizonte.

Nosotros vemos hoy realizadas muchas cosas insignes pero no hemos pensado con exactitud en la precaria condición de quienes soñaron con ellas cuando la voluntad de los castellanos pesaba aún sobre sus frentes absortas. Nosotros escuchamos de los labios de bronce de nuestros próceres órdenes ciertas, definidos acentos, altas voces de mando, palabras tajantes como el acero con que pelearon la lid de la justicia; pero no hemos

aprendido todavía que su boca era al propio tiempo balbuciente y creadora y su lengua indecisa a la vez que plena de vibraciones redentoras. Harto les hubiera consolado a la hora del sacrificio postrero, cuando todo lo vieron perdido ante sus ojos, mantener la esperanza de que su obra no habría de perecer de ninguna manera bajo el azote de los pacificadores, más dañinos para la monarquía que los tribunos llamamientos de los revolucionarios americanos.

Por más que lo imaginara jamás pudo sospechar Camilo Torres, mientras dejaba correr la pluma sobre el papel hecho en uno de los rumbosos molinos de Castilla, hasta dónde las líneas trazadas tendrían fertilidad perpetua, poder nutricional, recia estructura y dilatada resonancia. No pudo columbrar dentro de su modestia gloriosa las numerosas transformaciones sociales y políticas a que darían lugar las ideas escritas en jubilosos amaneceres santafereños, aunque no ignoraba que al consignarlas en las actas del tiempo vivirían la vida de la posteridad. Sobre lo cual es preciso repetir por la centésima vez lo dicho por Guillermo Valencia en días de glorificación: "No sabe uno qué admirar más en aquellas cláusulas de corte clásico que recuerdan la majestad exuberante de Marco Tulio: si la habilidad del político o la ciencia del historiador; si la documentación del estadista o la excelcitud del filósofo; si la exposición del profesor o la solidez del jurisperito; si la diafanidad y gentileza del estilo o lo profundo del concepto; si la cortesía en las palabras o la dignidad del reclamo; si la sutileza para sugerir o la energía para impugnar; si el respeto por la tradición, en lo que tenía de bella y justa, o el tenue relampaguear del patriotismo, del entusiasmo y de la cólera, constreñidos por las circunstancias".

La quietud centenaria de los amaneceres santafereños, más propiamente de los americanos, se turbó en los años finales del siglo XVIII y en los iniciales del XIX, en proporción a los fenómenos metropolitanos. En lo cual se notaba perceptible la lógica de las sociedades humanas, puesto que nuestros padres eran carne de la carne española y sangre de su sangre impetuosa. Llevaban ellos trescientos años de sentir el influjo de la majestad toledana y de la esplendidez madrileña, de quien dependían como la hiedra del peñasco y la rama promisoría del tronco nudoso envejecido.

La Corte significó para los americanos algo semejante al Dorado para los españoles. Los indígenas oía hablar del rey y del palacio, de la corona y la nobleza, y apenas lograban imaginar tenuemente la realidad de todo ello, si bien comprendían que se trataba de algo importante en extremo, señalado por luminosas cualidades. Los sencillos labradores que vinieron de la península en busca de un sordo fecundo para el trabajo de todos los días, soñaban también con la Corte cuyos dorados pórticos jamás vieron abiertos para sus plantas humildes. Y los magistrados la tenían a toda hora delante de la conciencia y del entendimiento puesto que ella estaba presidida por su amo y señor natural, y disponía de dones para quien la honrara, de favores para quien la acreciera, de títulos para quien la agradara, de desdenes para quien la disminuyera, de castigos para quien la olvidara y aun de picota para quien la desobedeciera.

Por espacio de trescientos años amó el hijo de la colonia a un rey cuyo rostro no conoció jamás; le consagró —como lo hiciera con Dios mismo— la diaria fatiga y el diario recuerdo; le tuvo presente en los festejos públicos pues honró su nacimiento, su coronación y sus victorias; por él vistió de luto cuando las campanas del palacio real tañeron tristemente; y consideró siempre deber estrecho de conciencia aceptar de buen talante a quien llegara a gobernarle en su nombre.

Le amaron con igual dulcedumbre el Virrey y el oidor, el patricio y el mancebo campesino, la pastora y la dama de calidad, el labrador y el soldado. Emularon todos en agradecerle, ya fuesen nobles o rústicos, opulentos o míseros. Y los padres enseñaron a los hijos la fidelidad del súbdito a la misma hora en que les dieron a conocer el nombre redentor de Jesucristo.

La Corte fue lugar de cita de los ruegos, redoma de las lágrimas, estrella polar de las ambiciones, arrenal de los malquistos, oasis de los recomendados, fuente viva de los favoritos, sombra de los menos y sed insaciada de los más. La Corte considerada como intermediaria entre el vasallo y el rey lejano, significó además la lentitud en los memoriales, la tardanza en su lectura, la incertidumbre en los consejos, la vacilación en los dictámenes, la demora en los fallos y tal vez la falta de oportunidad en la sentencia.

Nada es más explicable que el apego payanés y samario, pamplonés, cartagenero o tunjano, al manto de los reyes y a la magna dimensión de su estrado. Porque se consideraban unidos entrañablemente a sus reveses y victorias nuestros abuelos más distantes aprendieron de coro los romances sevillanos y extremeños que narraban las hazañas del Campeador; y porque igual cosa percibieron desde la cuna sus nietos heroicos, temblaron al recibir las graves noticias de España amenazantes para Carlos IV y ruinosas para su indiscutido señorío.

No es difícil imaginar la zozobra ineludible de nuestras ciudades y villas desde el momento en que sobre los tejados entumecidos o alegres de nuestros hogares soplaron los vientos desprendidos de la helada sierra del Guadarrama. Ese huracán trasladó a nuestras provincias tituladas o aldeanas el chirrido de los carros de guerra cuya pesadumbre abrió surcos reseco en el suelo materno. Quienes entonces se mostraron buenos hijos de Zaragoza, Córdoba y Segovia, de Valladolid, Ciudad Rodrigo y Talavera de la Reina, de Aranjuez y de Cádiz, se irguieron para rechazar a los coraceros que por igual intentaron dominar las montañas ibéricas y las planicies ultramarinas. Cada acción guerrera que permitiese a los peninsulares retener sobre las sienes de Fernando la corona real lograría que los eriollos de Indias se mantuvieran levantados como señores antes que reducidos como esclavos. Comprendía esto muy bien el ilustre hijo de Popayán cuyo recuerdo nos congrega, al hacerse cargo de representar ante los magistrados de Sevilla las incertidumbres, temores y derechos de cuantos preferían morir antes que someterse a los ejércitos del rey usurpador entronizado por las bayonetas de Francia.

Para nosotros el Memorial de Agravios fue noble reclamo y firme súplica, asordinado ruego y petición confiada. Para los Grandes de Castilla, acostumbrados a pensar con pensamiento lejano en las gentes pobladoras de Santafé y de Lima, de Quito y Méjico, de Guatemala, Caracas y Santiago, la *Representación* de Torres fue insolente pliego y torpe codificación de quejas impetuosas, tanto más importunas cuanto más vivas eran las dianas anunciadoras del poderío francés en el recinto sin limitación de los campos hispanos. Nos dolíamos nosotros de sentir nuestra propia pobreza, nos amargábamos al mirar nuestra condición humillada, creíamos atinado enderezar nuestras voces transidas al señor a quien llamábamos amo, esperábamos recibir de nuestros oyentes y de sus consejeros la providencia justiciera y el fraterno ademán; pero hallábamnos en cambio mudos los ecos cortesanos y levantado como un muro de piedra fosco, y por su magnitud inalcanzable, lo que suspirábamos cortinaje de púrpura airosa para nuestras manos y blanda seda para la obediente inclinación de nuestras frentes.

Por más que veamos en cada uno de los párrafos del Memorial de Agravios motivos numerosos de reflexión y alabanza, hemos de convenir en que lo más notable de él se halla cifrado en lo que deberemos llamar exactamente *presencia de América*. Este es su resumen, esta su calidad, estos sus finos lineamientos. Cuando el Nuevo Mundo era para los colonos aldeanos una tierra de promisión apta para el desarrollo próspero de la vida sencilla, ya resultaba una tribuna sólida par las exposiciones de la verdad jurídica en el pensamiento de Torres; cuando significaba apenas un alto en la carrera de la magistratura ambicionada por los servidores más cultos del Derecho Real, ya era para aquel acendrada culminación de un desenvolvimiento de la inteligencia y la conciencia de todos sus hijos; cuando aparecía solo ante la contemplación de los reyes como fortaleza y muralla sustentadora de su tradición enfrente de los asombrados indígenas, ya la reputaba el orador de la ciudad fecunda como erguida atalaya desde cuyas almenas podían ser vistos los movimientos humanos sobre la mar inmensa con sus olas, los penumbrosos bosques con sus neblinas y las verdes llanuras con su manto de hierba. La presencia de América es algo tan esencial en la pluma de Torres como los caracteres mismos en que dejaba sobre el papel sus dominadoras ideas. Por eso el escrito culminante del juriconsulto es ingenuo como un transparente río, por eso es profundo como uno de los lagos del Artico o de la altiplanicie austral, por eso es firme como la base de uno de nuestros solitarios peñascos, por eso es elocuente como las voces de nuestra libertad.

Acostumbrados como se hallaban los gobernantes puestos en las gradas del trono, a considerar los asuntos de este lado del mar como punto de segunda importancia en la esfera de los problemas públicos, mal podían conceder a las relaciones virreinales, a los memoriales de las Audiencias o a los partes de los Capitanes Generales la atención lógicamente anhelada por quienes sí respiraban nuestro ambiente y conocían la razón de nuestras incertidumbres.

Si los regentes madrileños hubiesen dado a los fenómenos peculiares de América la interpretación debida, en vez de echar a mala parte la exposición de ellos, ciertamente la generación universitaria de la época

no hubiera hallado tan severos motivos de protesta o tan recias causas de insubordinación. Todos nuestros claustros en la Nueva Granada como en Lima, y en Chuquisaca así como en el piélago antillano, al ver traducidos en actos de gobierno los mandatos de la ley opulenta hubiesen persistido en la enseñanza de esta y alejado de sus aulas de clase las doctrinas opuestas.

Fácil hubiera sido mantener la tranquilidad en América si durante la pugna de la aristocracia criolla con la magistratura peninsular esta no hubiera dejado ver en multiplicadas ocasiones su insolencia y su descortesía; pues hombres como Torres sentían en sus venas el bullir de la sangre a quien debió Santa Teresa los éxtasis de su misticismo, Alfonso el Sabio los filones de su sabiduría, Blanca de Castilla sus dotes de gobierno y Francisco Jiménez de Cisneros su visión imperial.

Como en la contextura inasible de una sinfonia poblada de cantos, de himnos y de rumores, en el Memorial de Agravios se encuentran palpitan las misteriosas y raudas voces americanas. El labriego que transporta los frutos de su afán sobre los hombros tostados, y el indio que siembra mudo las raíces antiguas; la doncella florecida y graciosa cuyos ojos se abrieron a la luz en la hidalga casona, y la madre solícita que vela el sueño de su recién nacido; el caballero titulado y el rector magistral; la fisonomía virtuosa de nuestras más altas señoras y la ingenuidad esquiva de nuestras campesinas más humildes, todo ello estuvo presente a la mirada de Torres en las grandes horas de su inspiración.

En sus conceptos Camilo Torres no olvida un punto la definición inicial tocante a españoles europeos y españoles americanos ni descuida el recuerdo de los orígenes comunes. "Las Américas —dijo— no están compuestas de extranjeros a la nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España, de los que han extendido sus límites y le han dado en la balanza política de la Europa una representación que por sí sola no podía tener. Los naturales, conquistados y sujetos hoy al dominio español, son muy pocos o son nada en comparación de los hijos de europeos que hoy pueblan estas ricas posesiones... Así, no hay que engañarnos en esta parte: tan españoles somos como los descendientes de Don Pelayo, y tan acreedores por esta razón a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación, como los que, salidos de las montañas, expelieron a los moros y poblaron sucesivamente la península. Con esta diferencia, si hay alguna: que nuestros padres, como se ha dicho, por medio de indecibles trabajos y fatigas descubrieron, conquistaron y poblaron para España este Nuevo Mundo".

América fue la inspiración de Torres. América fue su ideal, como lo fuera más adelante para el Libertador. América satisfizo el propósito de su corazón. América resumió las fuerzas cósmicas de su espíritu. En momentos en que nadie le hablaba del pastor sentado en un valle de orillas del Paraná, o del veloz jinete en la llanura de Junín, Camilo Torres trajo a su memoria nuestras comarcas del sur; cuando ninguna voz le invitaba perceptible a representar en un escrito el orgullo del mayorazgo del Potosí o de Montevideo, Torres lo tuvo en cuenta como si fuera el caso mis-

mo de la Nueva Granada; y cuando preferían callar sumisos muchos labios para evitar la enemistad de los magistrados o el sable de los capitanes incomprensivos, el letrado prefirió hablar como se le habla a la madre buena, al padre discreto o a la majestad silenciosa de Dios.

Pudiera ser decorado este discurso con repetidas muestras y transcripciones del sentido americano palpitante en el contexto generoso. No es indispensable hacerlo ni renovar aquí la vibración del aire sacudido el 20 de noviembre de 1809 por el vigoroso aliento del prócer. En un solo mármol tallado estuvo Grecia y en una sola legión estuvo Roma. También América está plena y rotunda en ese capítulo imperial de sus letras.

Un hombre de hoy a quien se le hablara de cuáles serían los sentimientos bullentes en Torres con relación a España, pero a quien no se le informase con discreción sobre las orientaciones filosóficas del escritor, diría que razonablemente fueron atentatorios de la autoridad de los reyes y lesivos de su alcance y dominio. La conclusión sería inexacta, la deducción equivocada. Nuestros primeros expositores en las nociones de la patria fueron adictos sin reserva a la soberanía de los príncipes, puesto que se habían formado a tono con los doctos maestros de Valladolid y Alcalá de Henares. Nuestros dirigentes de 1809 y 1810 jamás se mostraron irrespetuosos de los códigos castellanos sino concordantes con ellos en lo que hablase del respeto debido a la sangre dinástica, al recto juicio de los consejeros de palacio, a la sosegada deliberación de los jueces en la administración y en el estrado.

Nació la República antes en las ideas que en los choques armados de aquellos decenios tormentosos. Y recibió vida primera bajo el alero de los colegios mayores y de las arquerías universitarias, como fruto nobilísimo de entendimientos esclarecidos. Por causa tan ilustre fue defendida sin desmayos por hombres de ciencia como Caldas, por estadistas como Santander, por caballeros andantes como Nariño, por guerreros invictos como Sucre y en el ápice de la munificencia por Bolívar.

El soldado con su fusil y el capitán con su espada, el amanuense con su pluma y el alguacil con su vara, el labrador con su arado y el mercader con sus géneros, el letrado con sus infolios y el filósofo con sus pensamientos, todos estaban inicialmente de acuerdo en admitir como voluntad indiscutible la voluntad de España. Solo cuando la violencia enrojeció los rostros de las víctimas acudieron estas a formar un ejército, en cuyo seguimiento anduvieron caminos de dolor viudas y huérfanos antaño favorecidos por los dones del nacimiento y la fortuna. Así y no de otra manera llegaron los americanos a la guerra de su independencia.

Otro ejército, no de hombres sino de signos cultos, hubiera dado a la Madre Patria, como resultado de una pacífica y sutilísima conquista, el dominio no perturbable de los entendimientos americanos. En las palabras del Memorial de Agravios fue dicho a los gobernantes de Sevilla lo que era preciso crear en las relaciones recíprocas, lo que era esencial restaurar en las costumbres elementales de los pueblos de Europa y de Indias, lo que sería motivo de discordancia y de contradicción en el transcurso de los tiempos, y lo que transformaría el recelo antiguo en amistad fecunda.

En caracteres simples, dibujados sobre hojas amarillentas, anunció Torres el evangelio de la igualdad, así como las cartas de San Pablo transmitieron al lenguaje de Atenas el Evangelio de Jesucristo, ganando para su Señor combates silenciosos y batallas eternas. Hubieran dado crédito al payanés los oidores santafereños y se hubiese retardado un tanto la presencia de Bolívar en Boyacá, el avance de Sucre en Pichincha, la total ruina de los paladines hispanos en Bomboná y Ayacucho. Hubieran escuchado su consejo los constituyentes de Cádiz y —más aún— los ministros de Fernando Séptimo, y no hubiésemos aborrecido con espanto de la tierra donde nació el Pacificador crudelísimo ni llorado nosotros el sacrificio de nuestros mártires.

Basta somera reflexión para ver claro uno de los fenómenos principales de los días de la dominación de los monarcas sobre estas provincias: existía entonces una conciencia sumisa, dispuesta siempre a obedecer sin restricciones pues en la desobediencia se hubiera tocado el límite de las obligaciones morales. Basta leer a los fundadores de nuestras nacionalidades en los primeros manifiestos, para deducir que en sus corazones no hubo contraposición de ninguna clase entre los conceptos del amor patrio y los preceptos de la soberanía ejercida por quienes alegaban en favor suyo el Derecho Divino.

Quejáronse los pueblos cuando los gobernantes acá en Tierra Firme se desviaron de los procedimientos generosos y de la conducta sosegada al exigir acatamiento a la voluntad suprema; y protestaron en alta voz —que todavía se cierne sobre nosotros— cuando pretendieron aquellos aplicar con divergente criterio los mandamientos cortesanos, ya se tratase de los españoles nacidos en la patria del Cid, ya de los vástagos suyos nacidos en la tierra de Cristóbal Colón.

Lo cual quiere decir en buen romance: los americanos de quienes habló con gallardía tan inusitada Camilo Torres no menospreciaron el derecho escrito por los regios señores sino censuraron su mal uso; no se hallaron dispuestos jamás a desviarse de los canales de la Recopilación clásica sino a impedir que con ademanes violentos se llevase a términos ajenos a sus orientaciones; y no pretendieron levantarse contra las doctrinas instauradas a partir del 12 de octubre de 1492 sino a valerse de ellas en busca de la perfección republicana: por eso confiaron la ley a manos enriquecidas por las virtudes del espíritu.

Con nitidez imposible de ser superada manifestó Camilo Torres a los destinatarios de la representación precursora: "...Las tristes consecuencias de la turbación de Quito... son efecto de la desconfianza de aquel Reino en las autoridades que lo gobiernan. Temen ser entregados a los franceses y se quejan por esto de la misteriosa reserva del gobierno en comunicar noticias, de su inacción en prepararse para la defensa, y de varias prevenciones injustas de los que mandan, con los españoles americanos". Si nuestras manos, las diligentes manos americanas, no se adiestraban para la defensa general del continente, no sería imposible a las armas francesas adueñarse de nuestra heredad, y si en el amor a ella no fundábamos la resistencia tenaz delante de los invasores, en verdad no

lograríamos mantenernos libres según nos lo enseñaron los defensores de la propia península en las jornadas del Dos de Mayo.

Al hablar en estos términos Camilo Torres amonestaba a las gentes no tan solo españolas sino granadinas y chilenas, argentinas y brasileras, peruanas y venezolanas, a las descendientes de los aztecas poderosos y de los borinqueños insulares, a los hombres de roja piel del Norte y fisonomía mongólica del círculo polar superior.

Al pronunciar estos acentos juntaba en su espíritu las aspiraciones de los habitantes más remotos del Orbe Nuevo, de aquellos a quienes la historia no alcanzó a registrar en sus anales, y de cuantos asomaban sus rostros al borde de las ciudades fundadas por los adelantados y regidas por los más venerables cedularios.

Al incorporarse para formular otras nuevas, acordes con el desenvolvimiento del hombre y con las modificaciones de la sociedad común, Torres fue ciertamente único y magno, como son una sola cosa la dignidad del alma, el fuero del ciudadano y el esplendor de la verdad en el libro de oro de los dones que enaltecen y hacen respetable la vida.

En palabras expresas declaró Torres que el testimonio augusto consignado en el Memorial sería leído por la posteridad imparcial y percibido por ella con sus caracteres de candor y de sinceridad. No se equivocó, ciertamente. Ciento cincuenta años después el pueblo colombiano ha recordado el opulento escrito, sacando verdadera la esperanza del famoso tribuno, y ha demostrado que si la patria no pudo tener la fortuna de guardar sus cenizas sí logró el privilegio de conservar el fuego redentor desprendido de las vibraciones de su palabra.